

ignorante e inconsciente de su propia oportunidad.

A nadie sorprendió más que a ella misma ese triunfo sin precedentes en la literatura americana. Un artículo de *Caras y Caretas* dió la vuelta a América. Su retrato apareció en todas las revistas: y España y Francia, que habían vuelto los ojos a este continente, en busca de una amistad que desdeñaran durante tanto tiempo, se apresuraron a recoger este nuevo valor literario, y a ensalzarlo y a patrocinarlo, como gaje de solidaridad espiritual. La Editorial CERVANTES coronó la obra con la inclusión de Juana entre los mejores poetas del mundo.

Bien pudo decir entonces la milagrosa criatura, que se acostó una noche desconocida, y amaneció gloriosa. Un coro de alabanzas encendidas la rodeó como en una nube de incienso, la envolvió, la mareó, con su perfume demasiado capitoso. ¿Qué hubiera sido de ella y de su obra futura, si el destino, previsor una vez más, no la hubiera arrebatado de pronto a esa atmósfera enervante de los éxitos prematuros, para transportarla cruelmente a la aridez y la desolación de Santa Clara de Olimar?... Muchas veces hemos conversado largamente, verbalmente y por carta, con mi buena amiga, de este trágico contraste. Sola, alejada del bullicio y de la ficticia atmósfera de la adulación, Juana probó, por vez primera, la amargura de las ingraticudes, la falsedad interesada de ciertas alabanzas, la fragilidad y la inconsistencia de la gloria. Su espíritu niño maduró de golpe a la temperatura cruel del dolor; su voluntad se templó en la soledad; su alma se encontró ella misma frente a la realidad verdadera de su propio valer. Y en esa amarga revisión de sus afectos y de sus amigos, volvió engrandecida de sufrimiento y de vigor.

He aquí a Juana, a la verdadera Juana; mujer, ya no amante solamente; mujer dolorosa y nueva, renacida en el crisol reformante de la vida; que sabe de amarguras, y sabe de amores más hondos que el amor de la carne; que sabe de placeres más austeros que la gloria; que sabe de sacrificios y de deberes, y de renunciación.

Si en *Las Lenguas de Diamante* la nota del dolor sonaba falsa, cuánta sinceridad, cuánto dolor, hay en *La Cisterna*, en *Campo de Piedra*, en *La Canción*, en *Tregua*, en *Cementerio Campesino*!...

Esta es la Juana que quiero haceros conocer. Nada ha perdido de su gracia, que es en ella don del cielo; pero ésta se ha hecho más grave, con una melancolía dolorosa que la hace amar por más humana. Porque sólo el dolor nos acerca verdaderamente, y el placer nos separa, sin unirnos más que

con vana apariencia pasajera. Ya no la buscarán los que sólo deseen el olvido pasajero de sus penas en el placer sensual de sus primeras poesías, cuando ofrecía a la imaginación de sus lectores, el marfil de su cuerpo en *La Cita*, sus ansias de enamorada en *La Espera*, su sensualidad impaciente en *La Hora* y en *Ofrenda*, su gracia fresca y campesina en *Salvaje*, en *Rebelión*, en *Fugitiva*. Pero la amarán con más honda ternura los que busquen su alma bajo la belleza pasajera de su rostro, y saciarán su sed de humana simpatía en el dolor de *La Arboleda Inmóvil*, o en la desolada tristeza de *Cementerio Campesino*, que os voy a recordar:

¡Oh, muertos casi anónimos del cemente-
[rio árido
donde tan sólo hay piedras y una inmensa
[palmera
que hace cantar la brisa y pare cachos dulces
en los primeros meses de cada primavera!

Oh, muertos para quienes el silencio es
[enorme
y no se acaba nunca! ¿Será bueno dormir
mo ellos, sin nada que les aje el reposo?
¿Se está bien allá abajo, o desearán salir

Un día, a correr campos, a buscar de los
[hombres
el movimiento, el grito, la verticalidad,
cansados del descanso sin tregua, llenos de
[ansia
por la inquietud ardiente, viva, de la
ciudad?

¡Oh, muertos campesinos, hermanos de los
[otros
que duermen en el fondo frío y torvo del
[mar,
al arrullo monótono y salvaje del agua
que ahoga todo rezo y estrangula el cantar

De los vientos: yo clamo, yo clamo por
[vosotros
con el alma transida de infinita piedad.
¡Pobres muertos del campo a quienes nunca
[turba
el rumor de la vida honda de la ciudad!

LA CISTERNA

Parece que mi vida presente fuera un pozo,
una angosta cisterna profunda y circular
y que, desde su fondo, yo tiendo las dos
[manos
suplicantes y ávidas, al externo alentar.

¡Inútil es que alargue hieráticos los brazos,
que en gritos y oraciones me fatigue la voz!
La sombra es tan ceñida, tan honda es la
cisterna,
que en mí no ha de dar nunca la mirada de
[Dios.

LA ARBOLEDA INMOVIL

Es un bloc de pinos. Aunque dance el
[viento
más loco y borracho de este mes de julio,

parece que nunca sus copas se agitan,
se diría de hierro bajo el plenilunio.

Ha de tener nidos y ha de tener cantos,
mas está hechizada la arboleda ésa.
¡Qué ansiedad punzante me oprime las sienes
mirándola siempre tan quieta, tan quieta!

Su clamor es mudo como el de una estatua.
Yo siento en mis sueños su opaco alarido.
¡Oh, pampero: tréznate a todos los vientos,
sacúdela y dale la inquietud y el ruido!

En la noche pura, fantástica, clara,
¿qué obscuro atavismo me enlaza a su an-
[gustia?
Yo sé que fué alegre y alocada y niña.
Yo sé que en sus ramas se hamacó la lluvia.

Cuando llegue el alba lejana y helada
y el cansancio cierre mis ojos insomnes,
la arboleda inmóvil alzaré en mi sueño
su inmenso alarido que ignoran los hombres.

TREGUA

Mujer que te has venido con el alma es-
[trujada
por la ácida y torva vida de la ciudad:
cúrate en el silencio, ama tu casa aislada,
bendice este paréntesis, suave, de soledad.

Torna a ser como antes, dulce y despreo-
[cupada,
olvida que conoces cansancio y saciedad.
¡Que bajo tu corteza gris de civilizada
surja la campesina que adurmió la ciudad!

Con esta primavera tan cálida y soleada,
mujer, que te avergüence tu taciturnidad!

La otra, la Juana de *Las Lenguas de Diamante* y de *Ratz Salvaje*, tiene una alegría que ya no se encuentra en sus últimas composiciones. Su sensualismo—y voy a definir una vez más este término que tan mal se interpretó en otra ocasión—su sensualismo, que es predominio de su vida física, de sus sentidos frescos y agudos, de su visión maravillada, de su oído atento, de su tacto voluptuoso sobre la carne aterciopelada de la fruta o sobre las mejillas fragantes de su hijo, su sensualidad, que es predominio de sus sentidos sobre las preocupaciones abstractas de la Idea, su sensualismo primitivo de niño ávido ante el espectáculo maravilloso de las cosas, la acerca demasiado a la condesa de Noailles, para que encontremos en Juana toda la personalidad original que hubiéramos deseado.

Nocturne, por ejemplo, de la poetisa francesa, es la misma desesperación que traduce Juana en *Vida Garfio*, por la brevedad de la vida, y el contraste desolador de la juventud y la belleza, con la frialdad y la desintegración total de la materia. El mismo panteísmo sensualista, las hace desear a las dos transformarse en flor para no renunciar definitivamente a su belleza; y es

(Pasa a la página 61).